

# LA HISTORIOGRAFIA ARGENTINA Y SU RELACION CON LA HISTORIA DE LA IGLESIA

## Panorama bibliográfico\*

### 1. *La Historia Nacional y la Historia de la Iglesia*

El análisis de la bibliografía argentina contemporánea referida a la historia en su relación con la historia de la Iglesia nos exige, previamente, hacer referencia sintética al nacimiento de los estudios históricos en nuestro país ya que el trazado de ese breve esquema nos permitirá deslindar los rumbos paralelos en que se desarrolla la producción referida a la historia nacional y la relacionada a la historia religiosa y de la Iglesia. También nos permitirá, de paso, ver el momento en que la Iglesia, como institución, se ocupa de propiciar esos estudios y la actitud que en términos generales asume la inteligencia católica frente a la historia. Estaremos así en condiciones de analizar la bibliografía referida a la historia de la Iglesia escrita en nuestro país, señalar sus características, valorar sus aportes y anotar finalmente, las relaciones existentes entre la historia nacional y la historia religiosa y de la Iglesia.

La producción escrita a partir de los cronistas, desde *Ruy Díaz de Guzmán* en adelante y siguiendo por la abundante bibliografía producida por los diversos miembros de la Compañía de Jesús escritos en los siglos XVII y XVIII, en términos generales, fueron los que dieron nacimiento a la bibliografía nacional en el campo de la historia, la literatura y las ciencias. Esta producción, escrita en plena etapa de la cristiandad medieval hispánica, fruto de la élite intelectual generalmente integrada por hombres del clero, se caracteriza por un enfoque historiográfico integral, unitario, entre el quehacer temporal y la misión religiosa y pastoral de la Iglesia. No hay allí distingos o juego de dobles planos. El cronista, el historiador es allí un hombre identificado al destino de los que podríamos llamar el reino temporal, la nación, y la Iglesia, ya que la noción dominante es la de una "cristiandad" que se realiza en el tiempo. Por ello también, esa producción es a la vez la historia, en términos generales, de los hombres de la región y la historia de la Iglesia misma en sus realizaciones históricas.

\* Ponencia presentada en el *Encuentro Nacional de Profesores de Historia de la Iglesia*. Buenos Aires, 4 al 7 de noviembre de 1985.

La secularización del enfoque histórico ya aparece en los escritos salidos de la pluma de los hombres de ciencia enviados por la corona Española para fijar la demarcación de límites en el territorio disputado por la corona portuguesa. Tanto por el método como por el contenido la producción, entre otras, de *Félix de Azara* (1746-1821), *Juan Francisco Aguirre* (1757-1793) y *Diego de Alvear* (1749-1830), señalan el comienzo de una producción historiográfica alejada de las preocupaciones religiosas o eclesiales para concentrarse en los aspectos exclusivamente eruditos y temporales y alejados de todo interés referido a lo religioso. Hombres católicos todos ellos, pero formados en el pensamiento iluminista fueron en cierto sentido, los introductores de esa modalidad del pensamiento en nuestro país. Esos hombres se hallaban impregnados de un claro concepto de la autonomía del pensamiento y lo traducían ocupándose en forma dominante de lo temporal o civil. Manifestaron esa posición intelectual en sus escritos llegando a ejercer un reconocido magisterio, de modo que se les puede considerar los iniciadores de esa actitud filosófica.

El iluminismo se continuó, como actitud filosófica, manteniendo su señorío sobre el inicial pensamiento argentino hasta aproximadamente 1830, según Coriolano Alberini.<sup>1</sup> Respondiendo a esas ideas tuvo lugar la publicación en 1815 del *Ensayo histórico civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*, de *Gregorio Funes*. En esa obra y en las producciones que le siguieron lo atingente a la Iglesia y su obra evangelizadora quedó relegado y más aun, olvidado y aun negado. Igual criterio fue aplicado por el historiador napolitano radicado en Buenos Aires *Pedro de Angelis* (1784-1859) en su valiosa obra *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata* (1836) que consta de seis volúmenes y en los cuales lo referente a la historia de la Iglesia se halla ausente. En esta colección los "documentos" relativos a la historia de la región son sólo los civiles, dando por sentado que lo religioso como tal no configuraba el quehacer de la historia. La publicación de la *Colección de de Angelis* tuvo, entre otras, la virtud de incitar a la producción de estudios históricos, los que se desarrollaron, aproximadamente, a partir de los años 1845 en adelante y se acrecentaron con la caída de Rosas en 1852. Es desde esta última fecha que la producción historiográfica argentina se bifurca en diversas escuelas metodológicas y heurísticas así como en diversas orientaciones filosóficas, siendo numerosos los cultores que en cada una de ellas se alistan.

1 Alberini, Coriolano. *La cultura filosófica en la Argentina, en Precisiones sobre la evolución del pensamiento argentino*. Círculo, 1981, pág. 51/3.

Las escuelas historiográficas representadas por *Vicente Fidel López* (1815-1903) y *Bartolomé Mitre* (1821-1906), herederas del romanticismo filosófico y seguidores del positivismo coincidieron entre otras cosas, en acentuar la existencia de una historia civil desdeñosa de la herencia hispánica y de cuanto se refiriera a la gravitación de los factores espirituales y religiosos en la vida de la sociedad. Es por ello que en los diversos volúmenes de las obras fundamentales de estos dos destacados historiadores y de otros menores que siguieron a ambos, el interés por las cuestiones religiosas, por la labor de la Iglesia, por las figuras que a ella pertenecieron, no ingresaba como objeto de estudio. La historia es, para estos dos jefes de escuela y sus seguidores, una reconstrucción del pasado y es en buena medida una interpretación pero sólo utilizaron como variables de su elaboración los elementos materiales de la cultura con renuncia a los factores espirituales o religiosos. Surge así una historia que podríamos denominar civil por llamar de una manera a toda elaboración histórica que excluya intencional o inconscientemente de la reconstrucción histórica, el factor espiritual, religioso, eclesial.

Habría que señalar que esta actitud filosófica y metodológica no implicaba negar lo religioso como realidad humana, pero la dejaba aparte por considerar que no constituía un ingrediente necesario de la reconstrucción histórica y considerar que su estudio correspondía a otra disciplina. Es por ello que estos autores no se inscriben en una concepción histórica materialista como la defendida por la concepción histórica marxista, escuela que es posterior a esos autores. Se inscriben más bien en la corriente naturalista y científicista.

Para comprender el nacimiento de la historiografía orientada al estudio de los factores religiosos de la sociedad y a la vez entender el carácter de la producción historiográfica orientada a la historia civil, hay que tener presente el cuadro de las corrientes filosóficas y culturales dominantes en la primera mitad del siglo XIX. En ese lapso hemos mencionado al iluminismo, pero es preciso anotar que él fue influido por el enciclopedismo y que ambos dieron luego origen al romanticismo y al historicismo, cuyos dos máximos exponentes fueron *Sarmiento* y *Alberdi*. Esas corrientes confluyeron, finalmente, en las diversas vertientes del positivismo y el científicismo. Todas ellas apenas se hallan mitigadas por un cierto espiritualismo ecléctico mantenido y cultivado en los sectores intelectuales en la época en que Mitre escribía su obra definitiva.

En este marco dominante de la cultura argentina la filosofía cristiana, desde la Revolución de Mayo en adelante, había perdido

vigencia, siendo reemplazada por las corrientes antes mencionadas. Esto explica que, en el campo de la historia, no se hace presente un grupo de historiadores que incorporen el elemento religioso como objeto de investigación y variable necesaria en la reconstrucción de la historia. Esta actitud ante la historia es paralela al desarrollo de los métodos científicos aplicados en el estudio de las nascentes ciencias en la Argentina, como antropología, etnología, fauna, geografía, botánica, lingüística. El historiador debía ser como los cultivadores de esas ciencias, erudito, científico y ajeno a los factores difíciles de medir como los espirituales y cuya mención tan solo identificaba con el pasado.<sup>2</sup>

Junto a ese proceso de naturaleza filosófica y metodológica hay que mencionar un proceso paralelo caracterizado por el interés despertado por la historia civil, en especial la que había dado origen a nuevas formas sociales en el país. Ese interés despertado por la historia civil, salvo rarísimas excepciones, se mostraba desdeñosa o indiferente del pasado colonial que se juzgaba a priori identificado con la Iglesia. La producción histórica elaborada a partir del *Ensayo histórico* de Gregorio Funes (1816) se inclinará hacia el estudio de la formación del estado nacional, las luchas por la independencia americana, las guerras civiles interiores y la evolución de las instituciones.

Esta orientación recibió de Juan Bautista Alberdi (1810-1884) un fuerte impulso y una orientación determinada a través de su famoso programa contenido en *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837) y continuado en el credo de la generación coetánea y contemporánea de Alberdi concretado en el *Dogma socialista* (1837) en cuyas ideas se nutrió la generación que concretó la constitución de 1853 y la de la organización nacional.

Herederos en términos generales, aunque muy matizada por el espiritualismo de origen ecléctico y la reacción al positivismo que comenzaba a producirse a comienzos del siglo XX, es la escuela histórica que se inicia con José María Torres (1823-1895) en la Facultad de Filosofía de Buenos Aires y con Ricardo Levene en la Universidad de La Plata en la década de 1920.<sup>3</sup>

El conjunto de los hombres pertenecientes a las diversas corrientes historiográficas se reúnen, a partir de 1893, en la *Junta de*

2 Por la modalidad de este trabajo no profundizamos este aspecto en el que habría que destacar las escuelas filosóficas con sus respectivos enfoques y a las cuales se adscribieron nuestros historiadores.

3 Por lo expresado en la nota anterior no podemos aquí detenernos en estudiar la línea de historiadores que prepararon esa corriente espiritualista hacia el reconocimiento del fenómeno religioso como parte del quehacer del historiador. Esa investigación historiográfica nos llevaría más lejos de lo deseado en estas páginas.

*Historia y Numismática* convocada por obra de Mitre y Angel J. Carranza. Es en el seno de esta institución que, en 1934 y por iniciativa de Ricardo Levene se esboza allí el *Fundamento para la realización de la obra de investigación y síntesis de la historia de la Nación Argentina*, con su correspondiente plan orgánico para la realización de la misma.<sup>4</sup> En el fundamento referido al “espíritu histórico y filosófico” de la obra su autor estampó este criterio: “El plan de esta obra fundamental, concebida con pensamiento histórico y filosófico a la vez, abarcará el proceso genético de la sociedad argentina desde sus orígenes y pre y protohistóricos, estudiando el desenvolvimiento de sus manifestaciones económicas, políticas, culturales, militares y religiosas, así de la nación como de las provincias y comprendiendo el significado del factor heroico de nuestra historia”.<sup>5</sup>

Como se observa por lo expresado la reacción en sentido desfavorable hacia una historia fundada exclusivamente en aspectos materiales estaba en marcha, si bien apenas esbozada. El plan de la obra que finalmente alcanzó a escribirse en diez volúmenes constituyó un evidente avance sobre la concepción puramente civil de la historia. Aparece allí el papel de España en la conquista y población del territorio, así como el rol protagónico de la Iglesia, y si bien lo religioso no es allí objeto de un tratamiento específico y su desempeño se diluye en los diversos trabajos que componen la obra, no cabe duda que el factor espiritual y religioso ha comenzado a ingresar como preocupación del estudioso de la historia. La parte eclesiástica se incluye, así como la labor evangelizadora de la Iglesia apareciendo como protagonista en la formación de la sociedad argentina. En cambio no se incorporará, ni en particular ni en general, el tratamiento de lo vinculado a la Iglesia y su papel en la sociedad civil, en el período que se extiende de 1810 a 1930.

En 1938 la *Junta de Historia y Numismática* se convierte en *Academia Nacional de la Historia* y si bien la mayoría de quienes la integran son herederos de una concepción de la historia en la que el fenómeno religioso en general y el de la Iglesia en particular tiene poca gravitación, debe decirse que no fue ajena ni contraria a los estudios dedicados a la Iglesia y una parte de sus integrantes han sido, desde aquella fecha a la actualidad, cultivadores esporádicos de esos estudios, salvo el *Padre Guillermo Furlong S.J.* que hizo de ella una labor predominante aunque no exclusiva,

4 Levene, Ricardo. *La cultura histórica y el sentimiento de nacionalidad*. Edit. Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1946, pág. 63.

5 *Ibidem*, pág. 64.

en tanto que más próximamente a nosotros, la producción del *Padre Cayetano Bruno S.D.B.* es exclusiva en ese campo.

En este brevísimo esquema de los lineamientos de la historiografía civil veamos cuál fue la actitud asumida por el episcopado en relación con la historia de la Iglesia y cuál el comportamiento de la intelectualidad católica en relación con la elaboración de la historia.

## 2. *El Episcopado y la Historia de la Iglesia*

El tema que nos preocupa debe traer al análisis, inevitablemente, al episcopado, para averiguar cuál fue su comportamiento frente al desarrollo de la historia de la Iglesia y su interés por conocer de manera científica su presencia en la formación de la sociedad argentina.

Analizando el comportamiento colectivo del episcopado a través de los documentos que hizo público observamos que hace más de setenta años tuvo lugar su primer pronunciamiento en la cuestión. Ello ocurrió en octubre de 1914 cuando promulga el decreto referente a la enseñanza religiosa en los colegios y escuelas católicas. En esa oportunidad aprueba el *Plan de Estudios de Religión* a seguirse obligatoriamente, según lo expresa textualmente, "en todos y cada uno de los colegios, institutos, escuelas, asilos, orfanatos, etc. católicos, de uno y otro sexo de nuestra provincia eclesiástica". Dicho plan abarcaba el dogma, la moral, el culto, junto con la historia sagrada y la historia de la Iglesia, además de apologética contemporánea, que incluía la fe y las ciencias naturales y la Iglesia a través de la historia.<sup>6</sup>

Como puede apreciarse lo sorprendente es que, junto a las verdades del dogma o de la historia sagrada, aparezca la historia de la Iglesia en cursos destinados, predominantemente, para los sectores juveniles. Obsérvese, de paso, la presencia de la apologética, pues ella, además de señalar una constante en lo que podríamos llamar el modelo evangelizador aplicado entre nosotros, otorga un carácter especial a muchos de los estudios históricos de contenido religioso. Pero es más significativo destacar que la historia de la Iglesia a que hacían mención los programas se referían a la historia de la Iglesia en la Argentina, lo cual indica un rasgo muy especial del episcopado.

La inclusión de la historia de la Iglesia en la Argentina no se trataba de un hecho fortuito ya que esa decisión debe inscribirse

6 *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, XIV, pág. 3/4.

en la línea de preocupaciones históricas en la mentalidad e intereses globales de los católicos más activos y sobresalientes de esos años, producto por un lado del sentimiento de nacionalidad que comenzaba a plantearse como problemática intelectual para la fecha del Centenario y, por otro, de la seguridad con que los católicos identificaban como singularidad de la Argentina, a la nación y la fe católica, a la sociedad y la religión. Estudiar la presencia de la Iglesia así como destacar críticamente su comportamiento en los grandes sucesos históricos que dieron vida al estado nacional formaba parte no sólo de una preocupación por la historia en sí, sino también por evidenciar el itinerario de la Iglesia frente a una sociedad en vías de amplia secularización que ya tenía planteado y en plena realización ese fenómeno cultural. No se puede dejar de desconocer que, de alguna manera, la historia no dejaba de ser vista también, en último término, jugando un papel apoloético.

La iniciativa de introducir la enseñanza de la historia de la Iglesia en la Argentina fue obra del *Obispo de Entre Ríos Monseñor Abel Bazán y Bustos*, hombre que cultivaba la historia y las letras, poseía cultura artística y una cierta inclinación por la acción social.<sup>7</sup> No era, sin embargo entre los once obispos firmantes del decreto sobre planes de estudios, el único capaz de comprender el rol de la historia en la formación de los cristianos, pues en igual línea se hallaba José Gregorio Romero, obispo de Salta. Pero Abel Bazán fue, entre todos, no sólo el promotor de la iniciativa, sino también el que se ocupó de atender que la enseñanza de historia eclesiástica se diera con particular dedicación a nuestro país en tal sentido, en ausencia de una obra que sirviera a los fines de la enseñanza, se abocó con apresuramiento a escribir una obra que supliera, al menos transitoriamente, esa necesidad y llenara el propósito de reunir una síntesis de lo que podríamos llamar un manual de historia de la Iglesia en la Argentina.

Es el mismo autor quien deja constancia de ese propósito en la introducción de su obra: "Fue pues, nuestra primera preocupación al elaborar aquél plan, insinuarnos ante personas competentes y de criterio, a fin de que se sirvan enriquecer la literatura eclesiás-

7 Fue Monseñor Abel Bazán y Bustos un hombre que alcanzó a unir a su acción pastoral una vocación por las artes y las letras, la acción social y la organización del apostolado. De ello dio prueba como Obispo de Entre Ríos. Fruto de su dedicación a las letras fue la fundación de la *Academia de Literatura del Colegio Pontificio*, en Roma, su participación en la fundación del diario *Los Principios*, de Córdoba y sus libros *Aromas de Oriente* (1909), *Aromas de América* (1920) y *Artes* (1919), además de su *Manual* dedicado a la historia eclesiástica. Como pastor se reunieron sus enseñanzas en *Cartas Pastorales de...*, Buenos Aires, Rosso, 1926.

tica argentina con un tratadito completo que, llenando las exigencias del programa, facilitase al mismo tiempo, la labor a maestros y discípulos”<sup>8</sup>. Confiesa este obispo que sus esfuerzos resultaron vanos, ya que las personas a quienes se dirigió le manifestaban excusas diversas para eludir la redacción del tratado a que él aspiraba. Ante tales pretextos y viendo que nadie llenaba el cometido de esa labor, “no trepidamos —dice— un instante en tomar la pluma y hacer nosotros lo que pudiéramos en medio de nuestras ordinarias tareas, sin preocuparnos de otra cosa más que al fin práctica de la obrita”<sup>9</sup>.

Sin perjuicio de las críticas y observaciones que a esa obra pueda hacerse le cabe el honor al obispo Bazán de haber escrito el primer manual destinado a la enseñanza y ser el promotor de la enseñanza de la historia de la Iglesia en las instituciones escolares católicas. Cabe advertir que el episcopado no persistió en esa propuesta de incluir la historia de la Iglesia en la reforma de los planes de enseñanza religiosa que promulgó en años posteriores, y no obstante una mayor abundancia de trabajos de esa especialidad publicados después de 1915, desapareció como asignatura. Igual cosa ocurrió, en forma casi paralela, con la inclusión de dicha enseñanza en los seminarios y casas de formación.<sup>10</sup>

Veinticuatro años después, en 1938, vuelve el episcopado a retomar, y esta vez también por obra de un hombre que antes de ocupar la dignidad episcopal y aun después, ejerció el oficio de historiador. Fue Monseñor José Aníbal Verdaguer (1877-1940), primer obispo de Mendoza (1934-1940) quien propuso en el seno de una reunión del episcopado, en noviembre de 1938, el dictado de una resolución referida, en términos generales, a las cuestiones históricas religiosas. Propuso Monseñor Verdaguer en síntesis: 1) Levantar en cada diócesis un inventario de los monumentos y objetos religiosos antiguos; 2) “Con el fin de fomentar el estudio de nuestra historia eclesiástica y, por consiguiente, también el conocimiento de nuestros monumentos y objetos religiosos históricos, el epis-

8 Bazán y Bustos, Abel. *Nociones de Historia Eclesiástica Argentina*, Buenos Aires, 1915, pág. 7.

9 *Ibidem*.

10 Debemos asentar aquí una distinción conceptual para que se entienda el lenguaje empleado. Desde la obra de Monseñor Bazán se ha extendido y utilizado el concepto de historia eclesiástica, al grado que la Junta creada por el episcopado se denomina *Junta de Historia Eclesiástica Argentina*. Nosotros usamos esa denominación aunque lo hacemos restrictivamente, ya que entendemos que lo eclesiástico es estrictamente una parte de la historia de la Iglesia católica. Hay una historia religiosa de la Argentina dentro de la cual la historia de la Iglesia ocuparía la proporción más considerable, y dentro de ella, lo eclesiástico como un aspecto de esa historia.



copado determina la creación de una Junta de Cultores de la historia eclesiástica Argentina. Esta Junta será dirigida por la Comisión permanente del Episcopado"; 3) El propósito que se establezca en cada diócesis un museo de arte sagrado antiguo y moderno.<sup>11</sup>

La primera de esas propuestas fue llevada a cabo en buena parte por la *Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos* creada por ley 12.665 en octubre de 1940. Cabe señalar que correspondió a esta Comisión declarar, con las consiguientes garantías que ello implica, a numerosas obras de arquitectura religiosa como patrimonio histórico y nacional, introduciendo así, en el campo del arte, a lo religioso como consustanciado con el pasado argentino. La segunda propuesta dio lugar a la formación de la institución conocida con el nombre de *Junta de Historia Eclesiástica Argentina* fundada en junio de 1942.<sup>12</sup> La tercera, la formación de museos de arte religioso se halla aún sin cumplir, salvo raras excepciones, en la casi totalidad de las diócesis del país.

Cabe, pues, al modesto y laborioso escritor y hombre del clero que fue Monseñor José Aníbal Verdaguer el mérito de rescatar para la historia un papel en las preocupaciones de la Iglesia Argentina otorgando valor a los documentos históricos y creando una institución que tuviera por objeto el estudio y divulgación de la historia eclesiástica y religiosa.

Una observación que merece rescatarse es que la propuesta de monseñor Verdaguer coincide con el año de creación de la *Academia Nacional de la Historia*, si bien es cierto que la *Junta de Historia Eclesiástica* se creará, por causas ajenas a la voluntad del proponente, cuatro años después, el 11 de junio de 1942.<sup>13</sup> La *Junta* aparece así, en lo formal, como institución dedicada a la historia y paralela a la *Academia*, con el fin de profundizar sólo la historia de la Iglesia en la Argentina.

### 3. Creación y labor de la Junta de Historia Eclesiástica

La *Junta de Historia Eclesiástica* como lo acabamos de mencionar inicia su etapa constitutiva en junio de 1942 por decisión del cardenal Santiago Luis Copello. La Junta se rige por los "Estatutos" aprobados por la *Comisión Permanente de Episcopado* en cuyo artículo primero se expresa que su finalidad es "estimular,

11 *Revista Eclesiástica*, 1939, to. 45, pág. 151.

12 *Archivum*, t. I, Cuad. I, 1943, pág. 5.

13 *Revista Eclesiástica*, 1942, to. 42, pág. 423.

favorecer y congregar a las personas interesadas en el conocimiento, dilucidación y divulgación de la historia eclesiástica de la República Argentina”.

Según ese “Estatuto” el arzobispo de Buenos Aires se reserva la designación del presidente de la Junta en tanto que la comisión directiva se integra con doce miembros elegidos por los socios. Desde su iniciación la Junta se constituyó con cultivadores de la historia, sean estos miembros del clero secular o regular o seculares. Con esa característica ha realizado hasta la fecha una labor constante, si bien no muy conocida, actuando como órgano de consulta del episcopado y como animadora de la divulgación de los estudios de su especialidad. Fuera de algunas jornadas o asambleas, de esporádicos cursos y ciclos de conferencias, la principal labor llevada a cabo por esta institución se encuentra en los catorce volúmenes que forman la colección de *Archivum*, su órgano de divulgación. Esa colección guarda un conjunto de valiosos trabajos referidos a los temas de historia de la Iglesia, arquitectura religiosa, biografías, iconografías, bibliografías y cuya concentración en una colección especializada le concede un carácter singular. Sin embargo debe destacarse que la producción de artículos, monografías y trabajos de largo aliento referidos a la historia eclesiástica y religiosa del país se encuentran diseminados en otras publicaciones seriadas no especializadas, en ediciones particulares, en folletos y aún en periódicos cuya recopilación bibliográfica es obra que no debe demorarse ya que por su dispersión pasa desapercibida aún a los estudiosos de esta especialidad.

Muchas han sido las causales que han impedido a la Junta desarrollar una labor más intensa, más profunda y de mayor gravitación en la cultura nacional, como era de esperarse. Una de ellas, la escasa dedicación de sus miembros, ya que si bien los que la integran son numerosos, el peso de la conducción recae en forma exclusiva sobre los que viven en la ciudad de Buenos Aires y de éstos, sólo unos pocos, constantemente renovados en sus funciones, son los que llevan la labor de administración y conducción de la Junta. Otra de no menor importancia, la carencia de recursos, es lo que ha impedido su fundamental labor, la publicación en forma regular, como estuvo planeada desde el principio, de un tomo de *Archivum* por semestre. De haberse cumplido con ese solo objetivo hoy la Junta dispondría no de catorce volúmenes como lleva publicados, sino de algo más de ochenta volúmenes especializados. Y sabemos que, la sola existencia de un órgano de divulgación especializado es de por sí un estímulo a la investigación y la seguridad para quienes se dedican a ella, de encontrar el medio de dar a conocer sus investigaciones.

Habría que mencionar también, que una parte de los historiadores que forman la Junta no han hecho de la historia religiosa y eclesiástica una tarea exclusiva, ya que por la escasa repercusión que esos trabajos obtienen, en primer lugar en los ambientes intelectuales católicos, no han encontrado estímulo para dedicar mayores esfuerzos. Agreguemos, finalmente, que esos trabajos han encontrado mayor eco en los ambientes profesionales y en los lectores de la historia.

#### 4. La inteligencia católica y la historia

La escasa resonancia de la labor de los miembros de la Junta, salvo raras excepciones personales, así como de la Junta como Institución, no debe buscarse tan solo en las causales mencionadas y otras de igual cuantía que podríamos mencionar. Hay una, sin duda, de mayor relevancia, de mayor significación, que si bien no ha sido un factor fácilmente perceptible a nuestro entender, le ha correspondido desempeñar una influencia decisiva en la escasa repercusión de la labor de los historiadores en los medios eclesiásticos, seculares y regulares, y en general, en los cuadros dirigentes e intelectuales del catolicismo.

Ese desinterés por el conocimiento del pasado forma parte de un sentido general del catolicismo con respecto a lo que podríamos denominar la carencia de conciencia histórica. Esa conciencia pareció emerger en los cuadros directivos del catolicismo, en las proximidades del Centenario y de alguna manera gravitó en las preocupaciones de muchos de sus dirigentes y de quienes formaban parte de la intelectualidad. Ese clima favorable estimuló los trabajos de Abel Bazán, Verdaguer, Cabrera, Furlong. Sin embargo ese impulso inicial fue perdiendo vigor hasta desaparecer en las proximidades de la década del cincuenta. El interés y la curiosidad legítima por conocer el pasado, por preservar la memoria y rescatar las lecciones de la historia dejó de formar parte de las preocupaciones prioritarias de la intelectualidad católica.

Podríamos, al respecto, marcar las direcciones que asume esa intelectualidad, pero no es el objeto de este trabajo. Digamos tan solo, que ellas se orientaron en dos direcciones que, si bien no pueden prescindir de la historia, paradójicamente en la experiencia Argentina, la hicieron olvidar, en especial, la referida a la historia religiosa argentina. Las dos orientaciones estaban dirigidas, la primera a los planteos de la política como doctrina y como arte de aplicación y la segunda, a la filosofía. La orientación hacia la acción social, cuando los *Cursos de Cultura Católica* se creaban,

había dejado de gravitar en forma predominante como ocurriera en el período 1892 a 1920.<sup>14</sup> Una y otra orientación, la filosófica y la política, se inician a comienzos de la década del treinta para absorber cada vez con mayor fuerza las mejores inteligencias y atraer las mayores preocupaciones de las jóvenes generaciones que entonces se incorporan al catolicismo en la labor intelectual. Tomás Casares, Octavio Pico, Faustino Legón, Octavio Derisi, Juan Sepich, Mario Amadeo, Julio Meinvielle, bastan para señalar el cultivo preeminente de esas corrientes mencionadas.<sup>15</sup>

Es significativo que por una serie de causas a las que no podemos referirnos, la intelectualidad católica argentina fue conformando un modelo no claramente definido, pero sí ciertamente bastante perceptible de país que cada vez se distancia más de sus propias raíces. Hay, es cierto, un entonado recuerdo al pasado, pero es más bien una añoranza de esa supuesta argentina católica que existiera en el ayer. Si en términos de ciencia política un número considerable de intelectuales católicos se inclinaba hacia una restauración del modelo de cristiandad, en términos de saber filosófico se orientaba hacia el conocimiento y divulgación del pensamiento católico europeo sin interesarse por conocer y revisar el pensamiento filosófico argentino. Dentro del pensamiento europeo se redescubre el tomismo y todo el esfuerzo se vuelca en instaurar esa orientación filosófica en institutos eclesiales y aun en cátedras universitarias. Podríamos marcar algunos títulos de la producción intelectual que señalan con alguna precisión esas dos esferas de atracción que cultivaron los hombres de letras de la generación posterior al treinta.

Lo que podríamos llamar la advertencia hacia esa excesiva inclinación por el conocimiento del pensamiento europeo o por la falta de sentido histórico que implicaba la añoranza o el propósito de instaurar el pasado provino, sin quererlo, de un historiador, que sin mencionar estos hechos, con su sola obra, mostraba un camino inédito no sólo a la historiografía en general, sino al pensamiento católico. Ese historiador fue *Guillermo Furlong* con su extraordinaria obra poco conocida *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata. 1536-1810* (1952) que, de alguna manera

14 Auza, Néstor Tomas. *Los católicos Argentinos. Su experiencia política y social*. Edit. Claretiana, 1984.

15 No deja de llamar la atención que los *Cursos de Cultura Católica* no dedicaran ningún curso a la formación histórica de sus participantes y por lo mismo no se impartiera una docencia vinculada a la historia de la Iglesia, salvo algunos cursos relacionados con la historia de la Iglesia europea y las grandes herejías. No estuvo presente, en cambio, la historia religiosa argentina y americana. El tema no aparece, tampoco, en las publicaciones de los Cursos. Samuel W. Medrano entre sus miembros, se dedicó a la historia, aunque no abordó la historia de la Iglesia en Argentina.

se continuará después en *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses* (tres volúmenes, 1953-1958).<sup>16</sup> Pero la lección orientadora del historiador Furlong no fue suficientemente aprovechada por los intelectuales católicos, siempre propicios a mirar como referencia en filosofía, en política y en literatura el pensamiento elaborado fuera de las fronteras del país y mostrando, de paso, un candoroso desinterés por lo nacional. Es por ello también que las revistas católicas de mayor relieve como *Tribuna Universitaria* (1913-1918); *Criterio* (1928 a la fecha); *Estudios* (1911-1974); *Número* (1930-1931); *Sol y Luna* (1938-1939) no representan una expresión de las preocupaciones históricas de los escritores católicos. La preocupación por los temas de filosofía, de política, de economía en cambio, se refleja en algunas de las citadas publicaciones. Pareciera que el esfuerzo empleado, en especial después de 1934 en adelante, por difundir, exponer y divulgar el pensamiento tomista y sus aplicaciones en el campo de la política y la economía, hubiera exigido las mayores energías de los intelectuales argentinos pertenecientes al catolicismo.<sup>17</sup>

No poseemos investigaciones sobre la historia de los estudios en los seminarios del clero secular y mucho menos de las casas de formación del clero regular, de modo que no podemos precisar el rol asignado en los mismos a los estudios de historia. Las dos obras referidas a esas instituciones de enseñanza, la del Padre Juan Isern, *La formación del clero secular de Buenos Aires y la Compañía de Jesús*. (1936), que sólo llega hasta ese año, y la de Américo Tonda, *Historia del Seminario de Santa Fe* (1957) que sólo alcanza al año 1910, nada dicen de la enseñanza de la historia de la Iglesia como asignatura de los planes de estudios. Sabemos que se enseñaba, en algunos seminarios, pero referido su contenido a la historia de la Iglesia en Europa, estando ausente la historia de la Iglesia en América y Argentina. No es de extrañar cuando sabemos que aún en la Universidad Gregoriana actual los estudios de historia de la Iglesia apenas si llegan hasta la etapa de la conquista de América y en una visión muy global.

16 Un filósofo argentino, Alberto Caturelli, ha mostrado la gravitación de esa obra de Furlong en la evolución de su pensamiento hacia el interés por la filosofía que podríamos llamar Argentina, así como en el pensamiento filosófico argentino: Véase *El R.P. Guillermo Furlong (1880-1874), su contribución a la historiografía filosófica argentina*, en *Sapientia*, 1975, No. 118, pág. 293 y sig.

17 Muy parecido a lo sucedido con la historia es lo que acontece en nuestro país con las ciencias sociales y, en especial, con la sociología y dentro de ella con la sociología religiosa. No ha merecido ésta la consideración que debiera por parte de los hombres de Iglesia y en los científicos seculares, y es por ello que son tan escasos los trabajos realizados en esa ciencia con relación al fenómeno religioso.

Por las informaciones que poseemos la enseñanza de la historia eclesiástica en los seminarios existentes en la Argentina, o se la enseña en forma muy limitada y genérica llegando hasta el período de la independencia a lo sumo, o sólo se reduce a una visión panorámica de la historia del pontificado y sus luchas contra las grandes herejías. La historia de la Iglesia de América y Argentina puede decirse que ha comenzado recientemente. Podría señalarse que la inquietud por la historia de la Iglesia ha comenzado, aunque tímidamente, a partir de 1955 en que se celebra la *I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*.

Por lo que llevamos dicho se explica que la mayoría de los hombres del clero argentino, secular y regular, las religiosas y aun los miembros del episcopado carezcan de formación en orden a la historia de la Iglesia de América y Argentina. El clero regular y las religiosas, a su vez, carecen de nociones claras en torno a la historia de sus respectivas comunidades o congregaciones y ello ocurre por la sencilla razón de no disponer entre sus miembros quienes cultiven esos estudios. En ciertos casos donde disponen de abundantes estudios y algunos cultivadores del género se da el caso que no incluyen en sus casas de formación a la enseñanza de la historia de su propia orden o congregación, como ocurre con los franciscanos y los salesianos.

Esta situación conforma un clero sin suficiente conciencia histórica, no sólo con respecto a su propio país, a la historia vivida por su pueblo, sino también con respecto al papel que la Iglesia desempeñó en el destino de ese pueblo y de América. Se puede decir entonces que no posee, en las dosis suficientes, ni visión ni criterio histórico de las experiencias eclesiales, pastorales y teológicas de la Iglesia de esta región y el desconocerla vulnera su propia identidad como hombre y como sacerdote actuando en un pueblo y en una cultura determinada.<sup>18</sup>

El desinterés o incompreensión del rol de la enseñanza de la historia de la Argentina y de la Iglesia alcanza aun a nuestros días, ya que además de estar ausente de la enseñanza de muchos seminarios no forma parte de los planes de estudios de las universidades católicas. En éstas, en los pocos casos que se la enseña, está reducida a los estudiantes de la carrera de historia. Igual cosa ocurre

18 Los responsables de la educación de los eclesiásticos deberían reflexionar en torno a las consecuencias que tiene para el sacerdote y demás colaboradores eclesiales, la ausencia de una razonable formación en materia histórica, especialmente argentina y americana. Esa reflexión podría fundarse en la experiencia de formación de más de cien años en materia eclesiástica y parecería avalada por las disposiciones de *Sapientia Christiana* (Constitución Apostólica sobre las Universidades y Facultades eclesiásticas) de Juan Pablo II y las *Normas* respectivas de la Sagrada Congregación.

con la enseñanza en los Institutos Superiores, salvo que sepamos, en ciertos cursos de estudios eclesiales, de formación catequística y esto de muy reciente data. Las casas de formación de las religiosas no incluyen la enseñanza de la historia Argentina ni de la Iglesia ni tampoco la relativa a su propia congregación o comunidad.

Los factores que acabamos de mencionar y que no agotan los que podríamos incluir, explican en buena medida la "mala memoria" de los católicos tanto para la propia experiencia religiosa de la fe a la que pertenecen, como para la más amplia referida a la sociedad de la cual forman parte.<sup>19</sup>

### 5. Aportes Bibliográficos a la Historia de la Iglesia

Hemos expuesto de manera lineal y en forma muy breve el desarrollo de la línea fundamental de lo que hemos llamado historia civil de la Argentina para demostrar que en la elaboración de la misma se encontraba ausente el interés y el propósito de indagar el aporte, la contribución o la significación del fenómeno religioso por un lado, y el de la Iglesia católica por otro, en el proceso histórico nacional. Que una parte considerable de los historiadores que en los últimos ciento cincuenta años han contribuido a explicar y comprender la historia civil se hayan despreocupado de esa indagación no excluye que un grupo reducido de ellos se muestre propensos a introducirse en ese campo y aportado, como fruto de sus investigaciones, algunos trabajos que han dado origen al género que se ha denominado Historia de la Iglesia.

Queremos referirnos a esos estudios para demostrar que la aparición de los cultores de ese género se incorporaron al quehacer histórico en el mismo momento en que algunos hombres de Iglesia manifestaban su interés en conocer y enseñar la historia religiosa.

No haremos aquí un inventario bibliográfico -a fin de señalar el punto de partida de la elaboración histórica referida a la historia de la Iglesia, pues no es este el objeto del trabajo. Nos referiremos a las obras generales de ese género tanto para constatar una línea de producción como para demostrar que ella se desarrolló en forma paralela a los estudios de historia civil.

Dentro del género de las obras generales la primera publicada correspondió al historiador católico *Rómulo Carbia*, quien de hecho, salvo monografías menores, se iniciaba como tal con una

19 Sobre la "mala memoria" nos hemos referido en nuestra obra *Corrientes Sociales del Catolicismo Argentino*, Edit. Claretiana, 1984, Cap. I.

obra de largo aliento por la extensión de la redacción, aunque reducida en el objeto que estudiaba. Se titulaba *Historia eclesiástica del Río de la Plata* y se publicó en 1914. El primer tomo abarca el período 1536 y 1673 en tanto que el segundo se extiende de 1673 a 1810. Como se observa la obra poseía dos limitaciones, siendo la primera que concluía en 1810 y la segunda, que abarcaba el ámbito geográfico del Río de la Plata. Esa obra fue fruto de años de investigación en archivos europeos y la novedad consistía en que el autor enfocaba en forma predominante el aspecto religioso y eclesiástico del asentamiento español y criollo en estas regiones, en momentos que otros colegas, por el mismo tiempo, se ocupaban del período hispánico pero sólo interesados en los aspectos civiles, militares, geográficos o cartográficos.<sup>20</sup>

Con acierto manifestaba el autor en el prólogo de su obra: "es este el primer trabajo de conjunto y completo dentro de lo relativo de las cosas humanas, que se ha hecho sobre la historia religiosa del Río de la Plata". El libro, si bien muy documentado, tiene mucho de crónica y así lo califica el autor en numerosas oportunidades. No obstante las deficiencias que se le pueden hacer, fue en el momento de publicarse y por muchos años, un libro relevante y que en lo fundamental de sus tesis conserva su vigencia.<sup>21</sup> Antes de publicar esa obra, Carbia se inició en el género con un libro de carácter biográfico titulado *Monseñor León Federico Aneiros segundo arzobispo de Buenos Aires* (1905). Fue sin duda obra deficiente, pero debe atenderse a la juventud del autor que sólo tenía, cuando lo publicó, veinte años. Sin embargo han pasado ochenta y no se ha publicado otra que la supere.

Fue Carbia un historiador de grandes méritos pero a quien algunas singularidades de carácter otorgaron a su estilo y sobre todo a sus juicios un tono excesivamente tajante, duro, a veces expresado con un lenguaje poco adecuado que le creó dificultades en el medio en que se desenvolvía. Sin embargo hay que reconocerle no sólo la prioridad en iniciar los estudios eclesiásticos en profundidad como un objetivo específico, sino también la continuidad con que contribuyó a esta especialidad. Un año después de su *Historia Eclesiástica del Río de la Plata*, publica *La revolución de Mayo y la Iglesia* (1915). Esa obra publicada inicialmente en las páginas de los *Anales de la Facultad de Derecho*, permanecieron

20 El interés de algunos hombres de Iglesia por favorecer el desarrollo de la historia de la Iglesia se puso de manifiesto al favorecer la realización del primer viaje de Carbia a España a fin de que pudiera realizar investigaciones en los archivos de ese país.

21 Véase sobre Carbia el libro de Horacio J. Cuccorese *Rómulo Carbia*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1965.



allí y casi desconocidas por largos años, hasta que se reeditaron en 1945 cuando el autor había fallecido. Esta obra fue de mayor relevancia que la primera citada ya que Carbia se aventura a tratar nada menos que la relación del clero con el movimiento revolucionario de Mayo, asunto que no habían tratado todos los historiadores civiles que abordaron el estudio de ese proceso político, incluido Mitre y López. Carbia percibe y trata por vez primera la gravísima situación que se inicia a partir de la ruptura con la Santa Sede que importaba el movimiento de Mayo y la desorganización en que se abandona la Iglesia. Le debemos a Carbia el haber planteado no sólo la problemática sobre la cuestión sino también el ofrecer una explicación sobre la cuestión, que otros luego explotaron con mayor acierto, pero siempre a partir del esquema de Carbia, aunque no se lo compartiera.

Por estas tres obras, sin referirnos a las otras que produjo y a ciertas monografías, Carbia merece el recuerdo de quienes cultivan la historia de la Iglesia. Teniendo en cuenta estos antecedentes no puede menos de llamar la atención que, habiéndose creado la Junta de Historia Eclesiástica en 1942, no se invitara a incorporarse a ella a Carbia en calidad de miembro de número, haciéndolo en cambio con otros historiadores que poseían menos contribución en ese campo. Carbia falleció en 1944.

Después de la primera obra de Carbia se publica una obrita más reducida escrita por el Obispo de Entre Ríos, *Monseñor Abel Bazán* titulada *Nociones de Historia Eclesiástica Argentina*, publicada en 1915, es decir al año siguiente de la de Carbia. Ya mencionamos que esta obra, no obstante los errores y omisiones que presenta para varios de los temas tratados, poseía la virtud de ser el primer esbozo de una visión sistematizada del desarrollo de la Iglesia en la Argentina desde la etapa hispánica al Centenario. Sin duda en un centenar y medio de páginas no podía exigírsele al autor ni profundidad ni sistemático tratamiento en todos los asuntos. Al mérito de ser el primer manual hay que otorgarle otro no menor cual es el de haber trazado una visión global, no localizada geográficamente y el de extender el estudio hasta la fecha en que el autor escribía su obra.

La tercera obra global que merece recordarse es la escrita por el historiador Monseñor *José Aníbal Verdaguer*, titulada *Historia Eclesiástica de Cuyo*, editada en Milán en 1931 y 1932 y formada por dos gruesos volúmenes, que hoy resultan de difícil hallazgo. Como el título lo manifiesta la obra se refiere al escenario territorial cuyano en forma exclusiva y en cierta manera completa en esa región lo que Carbia tenía escrito para el Río de la Plata. Verdaguer inicia su estudio en el período colonial y avanza hasta el siglo XIX

lo cual constituye una puesta al día de la historia de la Iglesia en esa región. Monseñor Verdaguer no poseía calidad estilística lo que agregado a un tratamiento no muy claro del asunto, hace deslucir el trabajo de investigación que lo abona.

Lo que podríamos llamar la línea de cultores de la historia de la Iglesia en los años previos a la creación de la Academia Nacional de la Historia, se vincula con los autores citados y se prolonga con *Monseñor Pablo Cabrera*, quien redactaba en los mismos años que Verdaguer escribía su obra, un libro referido a otra región del país. La obra de Cabrera se publicará con el título *Introducción a la Historia Eclesiástica del Tucumán*. Esta obra editada en 1939 en dos volúmenes estaba dedicada al período de 1535 a 1590. No es ésta la mejor obra de Cabrera pero ello no impide reconocer que, para los años que estudia, llena con la minuciosidad típica de su método historiográfico, un vacío no cubierto debidamente desde el enfoque religioso por los otros trabajos citados.

Siempre en obras generales no se publica otra hasta 1942, año en que *José Antonio Segura* edita su *Historia eclesiástica de Entre Ríos*, que se refiere, como lo dice su título a la provincia enterriana. Un año después aparece la obra del historiador jujeño *Miguel Ángel Vergara* titulada *Estudios de Historia Eclesiástica de Jujuy* (1943), libro muy documentado y de alto valor bibliográfico. Este mismo autor tenía ya publicado la biografía del notable patriota y hombre del clero jujeño *Escolástico Zegada* (1941), modelo de hombre del clero del siglo pasado.

Hemos querido referirnos a estas obras globales o regionales para marcar una de las líneas de investigación en la historia de la Iglesia desde 1914 a 1965, es decir, a lo largo de cincuenta años.

No obstante lo expresado necesitamos detenemos brevemente para señalar las características de algunos de los historiadores que se destacaron por su sólida personalidad, su abundante producción, el prestigio logrado o la influencia que ejercieron entre los profesionales. Con ello cerraremos el perfil trazado en páginas anteriores en torno a la historiografía dedicada a la historia de la Iglesia.

El primero de esos historiadores que hay que destacar a *Monseñor Pablo Cabrera* (1857-1930), sin duda un poco el maestro de muchos de los que cultivaron ese género, un modelo como hombre del clero, culto, con fluidas relaciones con todos los sectores sociales, hombre de consulta e influencia en esferas académicas dentro y fuera del país, de vida ejemplar y laboriosa. Furlong, al hacer la biobibliografía de Cabrera no trepida en llamarlo "gloria de la histo-

riografía nacional no menos que del clero argentino".<sup>22</sup> Produjo Cabrera trabajos de historia religiosa, eclesiástica, civil, biografías; investigó archivos y dejó en herencia un riquísimo repositorio documental que aún se conserva; fue historiador, etnólogo lingüista, bibliógrafo, bibliófilo. Su obra referida al período hispánico es extensa pero se destaca con una producción no menor a los veinte volúmenes, que en sus respectivos géneros son de consulta indispensable para la región de Córdoba del Tucumán.

Luego de Cabrera es preciso citar al *Padre Guillermo Furlong, S.J.* (1889-1974) maestro indiscutido, animador generoso del cultivo de la historia. Fue, como quiso ser, eminente como hombre, como sacerdote y como historiador, según nos confesó alguna vez. Su producción es tan vasta, tan extensa y tan variada que la sola bibliografía enunciativa de sus escritos abarca un tomo.<sup>23</sup> Una de las líneas de sus trabajos, la dedicada a los *Escritores Coloniales Rioplatenses* alcanza a los veinte volúmenes, a los que tendríamos que agregar, dedicados a la historia de la Iglesia en sus diversos aspectos, otros veinte volúmenes. A ellos se suman no menos de otros veinte dedicados a la historia civil, biografías, estudios cartográficos, geográficos, filosofía, musicología, ciencia y teología, además de una activa vida dedicada al servicio de los movimientos de los seglares católicos.

Monseñor Cabrera y Furlong tienen algo en común y es el de haber realizado esfuerzos en trabajar, esencialmente, como historiadores, es decir, descifrar, reconstruir e interpretar la historia como historiadores incluyendo en su oficio la preocupación por las cuestiones religiosas. En otros términos, escribieron historia en sentido completo, sin parciales enfoques.

Más moderno que Cabrera y Furlong y más próximo a nosotros debemos recordar la obra de un notable historiador como lo fue el *Padre Américo Tonda* (1916-1984). Unía Tonda en su personalidad, no sólo el manejo de un método historiográfico riguroso y meticuloso, prudente, rico en fuentes, sino también un saber amplio en el campo de la historia civil y una cultura sólida en ecle-siología y teología, como lo prueban sus obras.<sup>24</sup> Al igual que Furlong ocupó un sillón en la Academia Nacional de la Historia.

22 Para el conocimiento de este historiador puede consultarse la obra de Guillermo Furlong *Monseñor Pablo Cabrera. Su personalidad. Su Obra. Su gloria.* Edit. Huarpes, Buenos Aires, 1945.

23 Véase la obra de Abel Geoghegan *Bibliografía de Guillermo Furlong S.J. 1912-1974*, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XLVIII, Buenos Aires, 1975.

24 Véase, de Miguel Angel De Marco. *Evocación del Padre Tonda en Res Gesta*, UCA de Rosario, No. 14/5, enero de 1984.

De este historiador es de consulta inevitable las siguientes obras: *Rivadavia y Medrano* (1952); *Historia del Seminario de Santa Fe* (1957); *La Iglesia Argentina incomunicada con Roma* (1965); *Del pasado Cordobés y Santafesino* (1977); *El Obispo Orellana y la Revolución* (1981). A esos títulos habría que agregar los dedicados a eclesiología como *La Eclesiología de los Doctores Gorriti, Zavaleta y Agüero* (1981); *La Eclesiología de Funes y Castro Barros* (1982); *La Eclesiología de Mariano Moreno* (1983).

Debemos recordar a otro historiador que alcanzó con su obra y su pensamiento una honda gravitación no sólo en la historiografía católica sino también en la cultura del país. Nos referimos a *Vicente Sierra* (1893-1982) con sus obras: *Los Jesuitas Germanos en la Conquista Espiritual de Hispanoamérica* (1941); *El Sentido Misional de la Conquista de América* (1944); *Historia de la Argentina*, 10 volúmenes, 1946 en adelante. El magisterio de Sierra fue extenso, influyendo su pensamiento en varias generaciones y en especial sobre las generaciones católicas y aun vastos sectores que, a través de su obra, se nutrieron de una visión panorámica de la actuación de la Iglesia.

Finalmente a un hombre que sin pertenecer en forma exclusiva al campo de la historia alcanzó notoriedad como autor de otros géneros, especialmente de textos para la docencia. Nos referimos a *Juan Carlos Zuretti*, quien además de numerosas monografías y bibliografías documentales referidas a la historia eclesiástica, pudo concretar en 1945 la redacción de un excelente manual titulado *Historia Eclesiástica Argentina*, que años después perfeccionó y publicó llamándola *Nueva Historia Eclesiástica Argentina* (1972). Una de las virtudes de esta obra consiste en que es el único manual referido a la historia eclesiástica que responde a una visión nacional y abarca desde el período hispánico hasta nuestros días. Pero si ello es digno de destacar no lo es menos que Zuretti llega ya, en 1945, en base a sus indagaciones y el material que dispone hasta entonces conocido, a conclusiones valiosas que los nuevos estudios, lejos de contradecir, ratifican y confirman. Tal es lo que acontece con la *Historia de la Iglesia Argentina* del *Padre Cayetano Bruno S.D.B.* (12 volúmenes) que, escrita veinte años después, parece confirmar las conclusiones a que llegara Zuretti ya en su primera versión. Esta obra de Zuretti, no obstante la manera no siempre feliz que agrupa el material, mantiene hoy su vigencia y constituye un manual de uso indispensable para quienes quieran disponer de un trabajo sistemático y general de la historia de la Iglesia en la Argentina.

## 6. Otras contribuciones historiográficas

Los autores que hemos citado no agotan la producción referida a la historia de la Iglesia y antes bien esa sola referencia bibliográfica resultaría insuficiente si, en ese período, un conjunto numeroso de historiadores no se hubiera lanzado a realizar estudios, monografías y obras referidas a temas específicos ofreciendo sobre los mismos abundante luz. No pretendemos aquí agotar esa bibliografía por no ser el lugar adecuado y no disponer de espacio, pero es indispensable señalar ciertos autores y obras sin las cuales no quedaría comprobado que, mientras por un lado los cultores de la historia civil no se dedicaban a la variable religiosa de la historia, un grupo de otros historiadores producían trabajos que significaban aportes historiográficos nada desdeñables y en algunos casos, obras muy valiosas.

Se habrá notado que Carbia, Verdaguer, Vergara, Cabrera y aun parte de la producción de Furlong se dedican, preferentemente, a estudios del período hispánico. Ello respondía a una tendencia dominante en los estudios históricos hasta aproximadamente la década del cincuenta, en que los mismos concentraban la atención de la mayoría de los historiadores argentinos. Con posterioridad a esa fecha las nuevas generaciones derivan su interés hacia épocas más próximas, y también a temas variados. El panorama bibliográfico se amplía entonces en la indagación de temas generales, locales biografías de personas del clero y del laicado, evangelización, labor desplegada por las congregaciones religiosas. Todo ello implica una abundante producción, muy desigual sin duda, en cuanto a calidad, cuya sistematización por géneros y por temas aún no se ha realizado.

En la imposibilidad de tratar tan vasta cuestión y con el propósito de aproximar algunas referencias contribuyentes a los temas tratados en esta ponencia, ofreceremos una ligera referencia a los trabajos o a los autores que han escrito agrupándolos por grandes temas y advirtiendo que en ningún momento pretendemos ser exhaustivos ni incluir todo el material valioso existente.

### 1) Evangelización de indígenas

Señalamos dos obras, fuera de la referida a los salesianos y franciscanos: de *Gabriel Tommassini, La Conquista Espiritual del Chaco* (2 vol., 1937); y del mismo autor, *Los indios ecloyas y sus doctrineros en el siglo XVII* (1933). Una obra muy documentada es la que firma el *Cardenal Santiago Luis Copello, Gestiones del*

*Arzobispo Aneiros en favor de los indios hasta la conquista del desierto* (1944).

## 2) Relaciones entre la Iglesia y el Estado

Las cinco obras más importantes en este rubro fueron escritas por los siguientes autores: *Ramiro Lafuente, Patronato y Concordato en la Argentina* (1957); *Faustino Legón, Doctrina y Ejercicio del Patrono Nacional* (1921); *Faustino Legón, Doctrina y Ejercicio tina incomunicada con Roma* (1965); *Guillermo Udaondo, Antecedentes del presupuesto de culto en la Argentina* (1957); *Cayetano Bruno, Para una reforma católica de la Constitución Argentina* (1956). Otros autores han tratado el tema como Juan Casiello, Angel M. Centeno y Santiago de Estrada.

## 3) Sobre el clero en general

Además de numerosas monografías, anotamos: *Monseñor Antonio Piaggio, Influencia del Clero en la Independencia Argentina* (1934); *Américo Tonda, La Reforma Rivadaviana* (1945); y del mismo autor *Rivadavia y Medrano* (1952). Un aporte documental se debe a *Francisco Actis, Actas Capitulares del Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires* (1943). Otros estudios: *Guillermo Gallardo, La política religiosa de Rivadavia* (1962); *Guillermo Furlong, Castro Barros. Su actuación* (1961); y *Américo Tonda, Castro Barros. Sus ideales* (1961).

## 4) Estudios sobre seminarios

Se destacan de *Juan Isern, La formación del clero secular de Buenos Aires y la compañía de Jesús* (1936); y *Américo Tonda, Historia del Seminario de Santa Fe* (1957).

## 5) Relaciones entre la Santa Sede y la Argentina

Destacamos a *Manuel Sanguinetti, La representación diplomática del Vaticano en los países del Plata* (1954); *Cayetano Bruno, Bases para un concordato entre la Santa Sede y la Argentina* (1957); y *Avelino Gómez Ferreira, Pedro el Americano y una misión diplomática Argentina* (1946).

## 6) Historia de las comunidades y congregaciones religiosas

El tema es muy vasto y hay mucho escrito, pero nos concretamos a unas pocas obras y autores. La historia de la *obra salesiana* ha sido escrita, en buena parte, por *Raúl Loutraigas, Pascual Paesa, Juan M.*

*Belza, Lorenzo Mazza, Ruben Tavella, Cayetano Bruno.* Estas obras cubren también el panorama de la evangelización en vastas regiones del sur patagónico y de los grandes centros urbanos.

La labor de los *jesuitas* ha sido trabajada por *Pedro Grenón, Vicente Sierra, Juan Isern* y sobre todo, *Guillermo Furlong*. Destacamos de este autor: *Los jesuitas y la cultura rioplatense* (1946); *Historia social y cultural del Río de la Plata* (tres volúmenes, 1969) y *Misiones y sus pueblos de guaraníes* (1962). Más recientemente un discípulo de Furlong, el *Padre Hugo Storni* se halla publicando nuevos aportes sobre la historia de la Compañía de Jesús, sin mencionar las innumerables crónicas escritas por los jesuitas, publicadas muchas y otras aún inéditas.

La labor *misional franciscana* ha sido escrita por *Andrés Mille, Antonio Santa Clara Córdoba, Pablo Cabrera, Roberto Levillier, Fray Luis Cano*.

Sobre la Orden Dominicana han escrito *Fray Jacinto Carrasco*, e innumerables trabajos monográficos de *Fray Rubén González*. De este último autor destacamos *Los Dominicos en la Argentina* (1980).

De la *Orden Mercedaria* han escrito *Eudoxio J. Palacios* y *Fray José Brunet*. A este último autor corresponde la obra *Los mercedarios en la Argentina* (1973).

## 7) El género biográfico

En este rubro el número de obras, sin ser inmenso, es abundante, aunque de tono muy desparejo. Destacamos las biografías referidas a *Sor María Antonia de la Paz y Figueroa*, escritas por *Lucrecia Sáenz Quesada, Fray Pacífico Otero, Marcos Ezcurra*. Sobre *Fray Mamerto Esquiú* han escrito *Alberto Caturelli, Fray Mamerto González, Goyena, Francisco Castellano Esquiú*.

Sin embargo no todo está dicho con lo anotado y lamentablemente debemos dejar sin mencionar obras valiosas de *Pablo Hernández, Vicente Gambón, Antonio Larrouy, Santiago Ussher, Monseñor José Alunni, Carlos Leonhardt, Francisco S. Tessi, Francisco Avellá, Nicolás Fasolino, Raúl Molina, Ramón Rosa Olmos, Roberto Levillier, Enrique Udaondo, Fray Antonio Córdoba, Juan Torre Revello, Jorge María Salvaire, Fray Juan A. Vallejo, Carlos Romero Sosa, Francisco Compañy, Luis Roberto Altamira, Alfredo Sánchez Gamarra*, y otros más.

### *7. Características generales de la bibliografía referida a la Historia de la Iglesia*

No es fácil expresar de una manera válida para toda la producción dedicada a la historia de la Iglesia, un juicio general que involucre por igual a autores y obras. Es necesario, para mayor claridad, hacer algunas distinciones y marcar por separado ciertas características que se observan en la producción historiográfica dedicada a la historia religiosa y de la Iglesia.

Observamos que, salvo excepciones, toda la bibliografía ha sido escrita por católicos. Este aspecto no debe sorprendernos, ya que es natural que sean los católicos los que se ocupen de indagar su propia historia desde los interrogantes que plantea su religión. Esto mismo es lo que ha ocurrido siempre en todos los países, incluso en los europeos.

La producción historiográfica es muy abundante, más quizás de lo que puede suponerse. Ese material se halla desperdigado a lo largo no menos de setenta años y en una multiplicidad de fuentes sin que halla sido recogida aún en una bibliografía sistemática. Ello no permite a los profesionales una utilización adecuada de los trabajos y una mejor difusión de los mismos. Atenta, además, para una correcta valoración. Sin embargo, lo más delicado es que, al carecer de ese balance bibliográfico no es posible establecer con cierta aproximación los aspectos o temas que mejor han sido tratados y aquéllos que aún permanecen sin estudios.

Se observa que salvo las obras o muy generales o muy especializadas, se trata de una producción generalmente parcializada por personajes, por regiones, por sucesos. Eso mismo hace que esa producción historiográfica resulte insuficiente por no agotar los temas tratados. Esto explica también que en la mayoría de los grandes temas y fundados en esos trabajos, no sea posible establecer líneas generales.

Muy vinculado al punto anterior es otro que, en algunas circunstancias, resta valor a los trabajos. Nos referimos a que las investigaciones están realizadas desde la dominante religiosa y sin vinculación con los múltiples factores actuantes en el contexto de la historia. En ocasiones se tiene la sensación que los personajes y los actores, así como los sucesos que se estudian hubieran vivido y actuado en forma aislada, sin recibir influencias ni influir, sin condicionar ni estar condicionado por nada.

Lo señalado en los puntos anteriores sucede porque no siempre los que escriben de historia religiosa son estrictamente profesionales y utilizan una metodología adecuada. Habría pues que distinguir, en esa abundante producción, los trabajos esencialmente



profesionales de aquéllos que no lo son y que si bien aportan a veces valiosa documentación o análisis rescatables, no se inscriben en la línea de estudios monográficos acabados. Diríamos que en materia de artículos periodísticos, y aun de monografías, existe mucho de crónica sin que falte propósito apologético o ausencia de espíritu crítico profesional. Esos trabajos no dejan de carecer de valor historiográfico y son rescatables en muchas ocasiones, pero, lo repetimos, resultan insuficientes para explicar los fenómenos y se hacen vulnerables a la crítica.

Otra característica que observamos es que no siempre todos los trabajos referidos a la historia de la Iglesia se fundamentan en una documentación sólida, irrefutable, abundante y sobre todo inédita. Ciertos trabajos monográficos, entre ellos muchos de los publicados en *Archivum* y en otras publicaciones católicas, no comportan estudios definitivos o concluyentes. Sabemos que atenta contra la utilización de un aparato erudito y documental el escaso acceso a las fuentes documentales religiosas, pero advertimos también que no se ha sabido explotar suficientemente las fuentes públicas abiertas al investigador.

La ausencia de crítica histórica hace que muchas afirmaciones se repitan indefinidamente. Citaré un caso que nos ha pasado recientemente. Se ha repetido en innumerables ocasiones que el famoso discurso de Fray Mamerto Esquiú sobre la Constitución de 1853 fue la causa de que se aplacara toda capacidad de resistencia a la misma e influyó, especialmente sobre los católicos, para convencerlos de la necesidad de acatarla. Sin embargo nadie se tomó el trabajo de averiguar con precisión la relación de los hechos que demostrarían que esa afirmación no es correcta ya que, cuando el discurso se publicó y fue conocida en las provincias el gobierno nacional llevaba más de seis meses funcionando en forma regular y sin protestas ni cuestionamientos.<sup>25</sup> Los ejemplos podrían multiplicarse para demostrar numerosas afirmaciones que circulan en los trabajos de historia eclesiástica.

Los trabajos que consideramos endebles, no suficientemente fundados, parciales, sin suficiente capacidad de análisis sirven, sin embargo, para preparar una segunda etapa de investigaciones de la historia de la Iglesia que debe empezar cuanto antes, basada en investigaciones más profundas, si se quiere sofisticadas, con una metodología más compleja, con hipótesis múltiples. Nuestra opinión es que, si los trabajos de historia de la Iglesia logran, en un

25 Véase nuestro trabajo *La Constitución de 1853 cuestionada por eclesiásticos de la Confederación*, en *Universitas*, Universidad Católica Argentina, No. 54, marzo de 1980.

futuro próximo, reunir las máximas exigencias establecidas para la profesión de historiador, ellos no podrán ser rechazados o ignorados por sus colegas, que quizás no le prestarán su apoyo, pero que reconocerán por su seriedad y rigor metodológico.<sup>26</sup>

No podemos desconocer que en muchos trabajos, especialmente los más antiguos dedicados a la historia de la Iglesia, se cae en una cierta exaltación de la Iglesia, no siempre bien fundada, o se elogia desmedidamente a sus hombres o se asume una suerte de "contestación" o de "respuesta" a la historia puramente civil. El historiador debería afrontar el estudio de los temas vinculados a la historia de la Iglesia sin propósitos apologéticos, con profesionalidad, con prudencia y responsabilidad. El desarrollo que adquiere la que denominamos historia civil exige, como contrapartida, que la historiografía volcada al estudio de temas religiosos o eclesiásticos se realice, como aquélla, desde una perspectiva que utilice criterios científicos y metodologías adecuadas.

#### *8. El desarrollo de la historia nacional y su relación con los aportes provenientes de la historia religiosa y eclesiástica*

La producción bibliográfica proveniente de los historiadores interesados en la historia de la Iglesia, no obstante las deficiencias o limitaciones enunciadas es muy abundante y cubre desde el período hispánico a mediados de este siglo. En términos muy generales esa literatura historiográfica se desenvuelve atendiendo por un lado a lo eclesiástico e institucional de la Iglesia y, en menor proporción, al estudio del comportamiento religioso del pueblo. Pero en ambos grupos, los trabajos se distribuyen en una gama infinita y variada de temas a lo largo de ese período.

Ante ese estado de desarrollo de la producción historiográfica debemos plantearnos entonces una pregunta cuya respuesta puede arrojar luz en torno a la valoración de la misma. La pregunta podría ser ésta: ¿El aporte realizado por la producción referida a la historia religiosa y eclesiástica se encuentra incorporada a la historia nacional que comienza a escribirse después de 1938? En otros términos:

26 No siempre el historiador puede avanzar como lo desea debido a la imposibilidad de consultar los archivos eclesiásticos y religiosos, los que generalmente están cerrados a la consulta, salvo excepciones. El Archivo Central Salesiano es realmente un ejemplo digno de imitar ya que responde a las más modernas técnicas de ordenamiento, conservación y utilización de archivos. Pero ello no ocurre con el resto de los abundantes y ricos archivos eclesiásticos, de comunidades y órdenes religiosas. ¿No habrá llegado el momento de que la Iglesia comprenda que sus repositorios documentales son también patrimonio nacional y por tanto deben ser sometidos a las técnicas modernas de mantenimiento, conservación y uso de la archivalia?

¿El saber histórico de tipo académico o profesional ha recepcionado y asimilado el aporte proveniente de la investigación realizada valorando los factores religiosos en la historia nacional?

La respuesta a tales interrogantes merecería ser matizada para que fuera adecuada y ello nos llevaría por muchas sutilezas. Para no alargar la cuestión responderemos con dos apreciaciones generales que aproximan una respuesta provisoria. De acuerdo a lo que hemos expresado en páginas anteriores sólo en el período hispánico el papel de lo religioso y de lo eclesiástico no ha sido soslayado o desconocido por los historiadores pues ello resultaba imposible desde una perspectiva metodológica. No es de extrañar que ello suceda ya que no se puede estudiar esa época desconociendo el rol de la Iglesia y lo religioso desde que va unida al rol del conquistador y del estado español. Claro que la incorporación del factor religioso en el análisis del historiador varía en cada caso según sea la posición metodológica y la preocupación con que aborde la cuestión. Pero si lo eclesiástico ha sido mejor conocido y valorado no ocurre lo mismo con la religión como fenómeno global capaz de impregnar y dar sentido a la cultura, a los comportamientos individuales y sociales. Sin embargo no todo está dicho y si bien existen trabajos valiosos, faltan los que ofrezcan explicaciones más profundas como consecuencia de la utilización de una metodología más compleja y el uso de variables múltiples.

La cuestión se vuelve mas delicada para la historia que se inicia a comienzos del siglo XIX y se extiende hasta nuestros días. Esa historia se halla escrita, en forma dominante, desde la perspectiva que hemos denominado civil y que algunos, con una carga peyorativa indudable, califican como "historia liberal", por el hecho de desconocer o no interesarse por los factores religiosos en el análisis histórico y prestar atención sólo a los aspectos materiales de la reconstrucción histórica.<sup>27</sup>

El enfoque de la historia a que hacemos referencia ha sido dominante en la historia escrita desde fines de la década del treinta, según hemos visto, aunque se ha dado una historiografía que no ha sido escrita desde esa perspectiva. La intención de quienes se inscriben en esta última posición y de quienes han escrito con el propósito para estudiar de manera especial aspectos religiosos o eclesiásticos de la historia ha sido, además de poner luz sobre esas cuestiones, contribuir a una mayor claridad en los aportes realizados desde la otra perspectiva. Con ello se ha desarrollado

27 Creemos conveniente aclarar que el asentar esa denominación no implica aceptar el juicio ligero que corre en muchas obras, de clasificar, sin definición previa alguna, de "historia liberal" a la que se ha escrito bajo el patrocinio de la *Academia Nacional de la Historia*, o por sus miembros, de 1938 a nuestros días.

una historia de la Iglesia o eclesiástica paralela a una historia civil. La una viene a cubrir lo que la segunda no estudia y por ello mismo comprobamos que la historia argentina —y también americana— no ha incorporado debidamente los aportes efectuados por los historiadores interesados en el estudio del fenómeno religioso y de la Iglesia en especial. Bastaría para comprobarlo revisar todas las obras generales escritas en este siglo. Sólo un historiador lo ha intentado y no siempre el resultado ha sido satisfactorio y es Vicente Sierra en su *Historia de la Argentina*.

Esta situación de la historiografía argentina tiene sus causas que resumimos en pocas líneas:

1 — No se trata de una acción intencional, al menos en la mayoría, sino más bien de desconocimiento y mala información sobre la producción proveniente del campo de los historiadores interesados en las cuestiones religiosas.

2 — Que buena parte de los autores de historia y los investigadores de mayor relevancia han salido de las escuelas de formación de las Universidades Nacionales, especialmente las más antiguas, en donde la mayoría de los docentes se hallan alineados en la denominada escuela civil. La presencia de uno u otro profesor con mentalidad y metodología distinta no alcanza a formar escuela.

3 — Los centros de enseñanza de la historia existentes en las Universidades privadas católicas carecen de un planteamiento crítico de la cuestión y no han tomado conciencia de orientar sus planes de estudios y sus metodologías de trabajo. Aunque parezca paradójico en la mayoría de estos centros los aportes provenientes del estudio de los hechos religiosos y eclesiásticos no han sido incorporados a las cátedras de historia argentina.

4 — La escasa circulación de las publicaciones producidas por los especialistas que raramente llegan a los investigadores o docentes especializados en historia argentina.

5 — Que una parte considerable de la producción historiográfica escrita en el campo de los estudios dedicados a la Iglesia y a lo eclesiástico no se hallan realizados desde una seria profesionalidad, por su metodología, sus fuentes, sus hipótesis de trabajo y el modo de interpretarlas. Los libros y monografías, en cambio, redactados respondiendo a criterios profesionales son los que gozan de prestigio, circulan y son utilizados en el trabajo histórico, aunque no se los comparta.

6 — Finalmente, para comprender cabalmente la respuesta que ofrecemos es necesario tener en cuenta que tampoco esa historia general ha sido capaz de incorporar todos los aportes provenientes de las investigaciones realizadas en el sector de la agricultura, del impacto producido por la frontera, de los estudios provenientes

de la política exterior, la economía, las ideas, los medios de comunicación. El retardo, en consecuencia en escribir una historia integrada es pues, casi simultáneo para todas las nuevas especialidades de la investigación histórica.

Con lo que dejamos expresado hemos querido ofrecer una respuesta aproximada y preliminar al tema que se nos ha planteado. Muchas cuestiones necesitan ser dilucidadas y tenemos conciencia de ello, así como que la respuesta ofrecida necesita ser ampliada y discutida a fin de arribar a juicios equitativos que logren el consenso de los profesionales. Tal cual hemos expuesto el tema queda, creemos, un contenido de ideas suficientes para provocar ese intercambio de opiniones, y ello no sólo será conveniente al estudio de la historia argentina, sino también a la historia de la Iglesia y de lo religioso en este país. Sin sentido apologético por un lado y sin prejuicios del otro, podremos arribar a una historia que sea realmente espejo del pasado.

Néstor Tomás Auzá